

te los encantos del nuestro, el culto á la calle y á la naturaleza es más vivo y fervoroso que entre nosotros. En Cataluña misma, en cualquier pueblo hallaremos una gran plaza delante de la iglesia, que es el refugio y la expansión de los niños. En nuestra ciudad podemos observar barrios enteros, y no de los antiguos precisamente, donde no existe ni una sola plaza para esparcimiento de los pequeños.

Con este espíritu ha formado la ciudad. En él han crecido sus actuales habitantes y con él se forman actualmente los niños. No hay duda que ayudados por nuestro clima, nosotros lograremos fomentar otros espectáculos y otras diversiones al aire libre, que no sean precisamente las corridas de toros, que son las únicas que actualmente conocemos. Pero ello, es un trabajo mas lento, y que necesita más tiempo para solucionarlo.

Pero el combatir las inmoralidades que actualmente representa el Cinematógrafo, no es posible dilatarlo y para ello no existe mejor solución que batirlo con sus propias armas.

**B.—IV.—**Hemos de repetir lo que se ha dicho una infinidad de veces: en nuestro país la escuela tradicional—pública ó privada—no educa. Y no se preocupa la escuela del problema de la educación, por la sencilla razón de que regularmente las personas á esa tarea dedicadas no están poseídas por ningún ideal superior que les impulse. En eso no son distintas de la mayoría de españoles. En la mayoría de escuelas barcelonesas, como son en casi todas las de España, el niño únicamente aprende á leer y á escribir, y esto no son suficientes armas para defenderse contra las inmoralidades de la calle que de continuo le acechan.

La educación que el niño recibe, es precisamente la de la vía pública con todos sus defectos. En general, no es que esta educación de la calle debilita ó atenua la recibida en la escuela. Es, sencillamente que no ha recido otra. Por esta razón urge *neutralizar* la calle y para ello no basta con la autoridad del Maestro, precisamente aquí, donde esa autoridad—por muchas razones—es desconocida.

**V.—**Para la implantación de un régimen de fiscalización no es necesaria la ayuda del Maestro ni la del padre de familia.

Mucha parte de nuestra desmoralización, proviene del deseo en los niños de anticiparse á parecer hombres. Con la defectuosa educación recibida no hay necesidad de añadir qué concepto tendrá ese niño de lo que significa asemejarse á un hombre. Esa primera sugestión forma en él los malos hábitos que no le abandonarán, si otra sugestión no prevalece. Nadie más indicado para lograrlo y levantar á esos hombres caídos que el ejemplo y la acción del joven propagandista republicano al lado de la del joven propagandista carlista. El poder que representa tener la satisfacción de ser más moral que la mayoría de sus convecinos, la satisfacción de ser dueño de sí mismo, es mejor impulsor para acometer estas obras, que poseer el título de Maestro, la obligación de padre de familia ó el cargo de Concejal.

MANUEL AINAUD

Director del Colegio «Nuestro Mont d' Oro», Barcelona

**I.—**El Cinematógrafo podría ser un buen medio de culturización si su industrialismo se encaminase no sólo á la ganancia—finalidad máxima de todo negocio—si no también á la ilustración del público, á la formación de su público. Así, pues, mientras el Cinematógrafo no acabe con sus programas de películas melodramáticas, pantomínicas, cómico-imbéciles, cursi-románticas y pseudo-históricas, precisa sujetarlo á una crítica aplastante, ejercida sobre cada nueva película que se anuncie. Para ejercer esta acción crítica, creo que facilmente nos reuniríamos veinticinco personas en Barcelona con el propósito de repartirnos el trabajo de juzgar el valor artístico y ético ó más concretamente educador de las quince ó veinte películas que semanalmente se estrenan en nuestros cines. Y contando de antemano con la solidaridad de algunos diarios estos podrían desde luego, no anunciar ningún Cine que diera películas amorales ó inmorales, pues ya es hora de que se junifique en nuestra prensa la Dirección con la Administración, pero no predicar moralidad y dar inmoralidades en reclamo—no sería difícil orientar al público sobre las producciones que se le anuncian. Pero como las proyecciones cinematográficas van pasando de los lujosos cines del centro de la ciudad á los populares de los suburbios y de éstos se envían luego á las ciudades, villas y pueblos de Cataluña, en cuyos lugares muchas veces solo se proyectan las películas durante el sábado y domingo por lo que la crítica local resultaría inoportuna, ésta podría organizarse de modo que los juicios ciudadanos fueran publicados oportunamente en los periódicos de la localidad ó comarcas.

Al cabo de algún tiempo de tal misión, cuando se hubiese formado criterio sobre el género de las casas productoras, podrían las tales ser avaladas ó boicottadas según conviniera al valor educador de sus producciones. Y lo mismo cabría hacer con los establecimientos cinematográficos que las proyectasen.

**II.—**Cierto que los niños deberían ser apartados del espectáculo cinematográfico actual, del cual son ellos las primeras víctimas. (Ahí van dos ejemplos *visibles*: una madre me contaba sin malicia como su hijo pasaba las noches que seguían á su vuelta del Cine, en una fuerte excitación nerviosa y otra se plañía de la última travesura de su hijo que había atado una cuerda al cuerpo de un compañero de juego, mas joven, sujetándole luego á un carro al ponerse éste en movimiento). Más no hemos de pensar en que podamos hacerlo si antes no apartamos á los padres, puesto que éstos no han de ir dejando á sus hijos y menos querrán privarse del gusto de mandarlos solos para que no molesten en casa.

**III.—**No sé si se puede hallar otro espectáculo ó diversión que pueda sustituir al Cine. Desde luego no podrá ser ni el teatro ni la mímica, pues el Cinematógrafo tiene sobre uno y otra la ventaja de la economía, dentro la cual no podrán competir sin menoscabo de su valor educativo.

Resta una diversión, la única, pienso yo, grata á los niños y también á los mayores: los juegos al aire libre. Estos podrían competir con el Cine por su mayor economía.

La gratuidad y por su mayor atractivo para el niño, el movimiento. Pero esto que es factible en las villas y ciudades de segundo orden, no es posible en Barcelona, pues, hacen falta campos municipales de juego,

parque de juegos podríamos decir, con empleados idoneos, cuya realidad está un tanto lejos. Y como el mal nos ataca ya, contra el Cinematógrafo no cabe más que el Cinematógrafo mismo convertido en instrumento de culturización por la presentación gráfica de otras tierras, de costumbres, de industrias de descubrimientos, de reconstituciones históricas y hasta de escenificación de las obras maestras, único medio quizás de hacerlas llegar al pueblo y al niño de cuyas almas tantas causas procuran la degeneración.

PABLO VILA

Director de la Fundación Horaciana de Enseñanza

**A.—I.** Soy completamente contrario á radicalismos de ninguna clase, pero en lo tocante al Cinematógrafo me siento acérrimo adversario, por considerarlo instrumento de inmoralidad, y opino, que de organizarse moralmente, el Cinematógrafo degeneraría en lo monótono é insulso, y en su consecuencia desaparecería.

La inmoralidad del Cinematógrafo procede de una parte, de la necesidad de producir á millares las películas, y de otra, de su limitado campo de acción; todos los recursos los halla en la mímica, y la mímica por fuerza debe ser sensacional, rústica, desequilibrada, por consiguiente, anti-artística y en definitiva inmoral; porque toda diversión pública que no esté inspirada en un sentimiento artístico fatalmente tiene que embrutecer á la multitud.

¿Cómo puede ser moral una diversión que se alimenta solamente de casos clínicos y morbosos? Todas las transgresiones de la justicia, todos los desequilibrios, todos los dolores humanos hallan un objetivo fotográfico que les presta asilo en una película. ¿Qué diríamos de una sociedad que para buscar distracción de su trabajo acudiera á los hospitales á contemplar las dolencias y sufrimientos de sus semejantes con un fin puramente de distracción y recreo? Este puñado de hombres y mujeres que condujera de la mano á sus hijos infantiles á buscar goces en un hospital, sería merecedor de que se les arrancara el corazón de humanos. Pues bien; el Cinematógrafo presenta como diversión, casos arrancados de los Palacios de Justicia, (que son los hospitales del corazón humano) y los traslada vivos, sangrando, en el escenario, con una rapidez mareadora; y allí acuden hombres y mujeres conduciendo de la mano á sus hijos infantiles; y allí en medio de los sufrimientos humanos se presenta la película de la risa, que es en aquella ocasión el colmo de la inmoralidad, por saltar bruscamente de la sensiblería á la impía burla, con una indiferencia cínica.

Y afirmamos que el Cinematógrafo con la popularidad de que goza es malo en absoluto, porque si se le quita toda esta parte sensacional (inmoralidades, injusticias, crímenes), ¿qué le queda?... el cinematógrafo decae y muere para la multitud; porque purificando dicho espectáculo, carece de interés, y por esto opinamos que es muy difícil encauzarlo en buen camino.

**II.—**Opino necesario apartar absolutamente del mismo á los niños; porque todo este conjunto de espectáculos de índole sexual y criminosa, contemplados con asiduidad, obran en el alma del niño, ávida de enseñanzas, de una manera perniciosa, introduciendo (gracias al instinto de imitación) en sus tiernos corazones los gérmenes del crimen, despertando tempranamente pasiones

**BRIEHS** **SOMBREROS**  
**ARCHS - 3**

aletargadas. No es necesario citar, por ser harto conocidos en la historia del crimen, los realizados por niños, con el exclusivo deseo de reproducir en la realidad, escenas leídas y contempladas en obras literarias de una bondad muy dudosa.

B. En cuanto á la cuestión de «la inmoralidad de la calle» debo decirle, que creo una idea acertadísima la iniciada por la redacción de esta Revista, y que sería muy útil una junta compuesta del Maestro en compañía de un número determinado de padres de los niños que con el auxilio de los tribunales de justicia cuidasen de neutralizar la calle. El Maestro es la personalidad mas indicada para realizar esta empresa, porque el Maestro ejerce un sacerdocio que la sociedad debe mirar con el respeto más profundo, y que es justísimo esté acompañado de los medios necesarios para desempeñarlo. La inmoralidad de la calle está socavando los cimientos donde el Maestro levanta el edificio de la educación, los niños al salir del ambiente de la escuela, respiran aires mortíferos que matan el alma de la escuela y es el Maestro quien en primer término debe velar por la pureza de esta alma.

FERNANDO DE SAGARRA

A. — ¿Debe fomentarse el apartamiento del Cinematógrafo ó bien someter este espectáculo á un control especial?

Ambas cosas deben hacerse, mas como los medios para la consecución de la primera, con ser la mejor, son necesariamente largos ó difíciles, bueno será que entre tanto reclamemos de las Autoridades que ejerzan este control ó previa censura. Esto es indispensable á mi entender, ya que la poca aprensión y el mal gusto de los empresarios y de los fabricantes de films han convertido el espectáculo del Cinematógrafo en escuela de malas costumbres y academias de sandeces; digo que es indispensable este control, pues así como tiene el Maestro el deber de escogitar los libros que pone en manos de los niños, tienen las Autoridades el de hacer objeto de una selección los espectáculos á que ha de concurrir ese niño grande que se llama Pueblo, que con la media-instrucción que hoy posee, cree poder ya emanciparse de toda tutela, no percatándose de la funesta que sobre él ejercen sus explotadores que más le halagan, al fomentar flaquezas de su instinto ó errores de su inteligencia poco cultivada. No quiero decir con esto que la perniciosa influencia del Cinematógrafo únicamente la sienten las clases populares, no: la sienten todas, mas aquellas, por ser precisamente las menos ilustradas son las que tienen una resistencia menor que oponer á la infección y son, por lo tanto, las que con mayor intensidad sienten sus efectos.

Para que la censura sea á los ojos del pueblo menos antipática debería ser ejercida por el pueblo mismo, por medio de sus representantes más genuinos. Podría formarse

una Junta, Comisión, Jurado, llámese como se quiera, compuesta de los presidentes ó delegados de las asociaciones populares de carácter cultural: Ateneos, Bibliotecas, Centros, Escuelas, Sociedades corales, etc., que examinara por encargo de la autoridad competente las películas que los empresarios de los cinematógrafos se propongan dar al público, y sin cuya autorización no debería permitirse la exhibición de las mismas. Nada de hacer intervenir en esta Junta elemento alguno de los llamados por el pueblo *reaccionarios* ó *clericales*, que hoy, atendidas sus ideas, lo vería con malos ojos. Que sea el mismo pueblo, que sean los *avanzados* quienes ejerzan este control, á fin de que más facilmente se decida á coartarse una libertad, cual esa de los espectáculos, que redonda en perjuicio suyo. Yo no dudo de los buenos resultados que habría de dar, pues estoy intimamente convencido de que los que actuarían de censores, justamente orgullosos de la confianza en ellos depositada por sus conciudadanos conscientes de su responsabilidad, darían satisfactorio cumplimiento á su cometido, informando sus actos en el mas sano juicio y estricta moralidad. Si las Autoridades que están llamadas á designar este Jurado entendiesen que la labor del mismo había de ser para los que la formarían harto pesada para pedirles que á ella graciosamente se prestaran, podríase exigir de los empresarios una cuota de examen por las películas que presentarán á la aprobación, con cuyos ingresos remunerar el trabajo de los censores... Mas esto es cuestión de detalle; en esta ó en otra forma parecida las Autoridades tienen el deber de intervenir para moralizar el Cinematógrafo.

II. ¿Deberíase cuando menos, alejar de este espectáculo á los niños?

Sin el control, sí, decididamente; con él, puede tolerarse — si bien no están los cinematógrafos instalados en locales que por sus condiciones higiénicas se hagan recomendables á los niños, á quienes conviene especialmente aire y sol en abundancia— digo que puede tolerarse, sobre todo, si se procura confeccionar para ellos programas adecuados compuestos de viajes, leyendas, episodios históricos, experimentos científicos, manipulaciones industriales, etc., películas éstas que deberían ir acompañadas de explicaciones orales y no escritas como acontece hoy, que ni los pequeños ni los mayores tienen tiempo suficiente para leer las más de las veces y que si lo consiguen, es tal la redacción de las mismas (traducciones hechas sin conciencia) que son incomprendibles ó tan inicivamente atentatorias á la gramática que claman al Cielo venganza contra el autor de las mismas. Para facilitar á los empresarios estas notas explicativas no habrían de faltar en Barcelona entidades de cultura que se prestaran á redactarlas en bella y clara forma; ó bien cuidaría de ello la misma Junta de Censura. Interín no se haga así, no es prudente llevar los niños al Cinematógrafo.

III. ¿Por qué otro espectáculo ó diversion popular podría ser substituido el Cinematógrafo?

De momento por ninguno, por el Teatro y el Concierto mas adelante. Mas para conseguir esto es preciso, que así como el Cinematógrafo ha invadido el Teatro, el Teatro se apodere de! Cinematógrafo. Quizá para llegar á este resultado se haya preciso crear un género dramático nuevo que se adopte á las condiciones de espacio, tiempo y baratura de los cinematógrafos y sea como la preparación del público á que vuelva al teatro, al *Teatro grande*, de donde parece que ha desertado. Dígalo sinó esta crisis teatral que todos lamentamos, y mas que nadie nosotros los autores, y que en gran parte es debida al éxito del Cinematógrafo. El Cinematógrafo: *voilà l'ennemi!* Pues hay que combatirlo con sus propias armas. Por fortuna el enemigo parece que va cediendo; ya los blancos telones donde se proyectan las películas descórrense á menudo para alternar el espectáculo de las mismas con el que ofrecen *artistas* de diversos géneros. Procurémos que dejen libre aquel minúsculo escenario esa grey de *contorsionistas*, *musicólogos*, *coupletistas*, *bailaoras* y demás gencezuela, ó gencecilla, para que suban á él músicos, actores, conferenciantes... Una vez el público acostumbrado á oír buena música, buena declamación y buena literatura acudirá al Concierto, al Teatro, al Ateneo ó á la Academia donde, indiscutiblemente, hallará aquello que empezó á saborear en el *cine*, ennoblecido, con mayor interpretación y mas dignamente copilado. «Si la montaña no va hacia tí, vé tu hacia ella.» dijo Mahoma ó no se quien; si el público no va hacia el *gran Arte*, que vaya el *gran Arte* hacia el público, que invada sus locales y acabará por adueñarse de su espíritu. Y esto lo hemos de conseguir lentamente, con perseverancia y... con el EJEMPLO.

Al hablar de «ejemplo» no puedo menos de pensar en el funestísimo que dan nuestros clases directores, responsables en primer término de toda relajación de costumbres, pues sabido es que el pueblo, ahora como siempre, fija la mirada en los de arriba, imita sus acciones como imita sus trajes, que la barrera que pone entre los dos sus diversos intereses económicos, y que el proletario estima contrapuestos, no es infranqueable para la sugestión que sobre de él ejercen los actos de los favorecidos por la fortuna. No vemos á tantos *señoritos* asíduos concurrentes á infectos *music-halls*? ¿Y qué decir de tantas encopetadas damas como hallaréis en la preferencia de algunos cinematógrafos peor ó mejor iluminados — mas bien lo primero que lo segundo— que han dejado sus automóviles en la puerta para que pregonen en el mal gusto ó la insensatez de sus propietarios que dentro de ¡aquel local saborean las insulseces ó las picardías de un «film d'art» (sic)?... Me diréis acaso que en su estancia, entre cinco y siete, mas atienden muchas á un *flirt* que á las películas... ¿Cómo va á dejar de entrar en el *cine* la va-

# CHAMPAGNE NOYET

=Premiat en totes les exposicions á que ha concorregut=

cavas "Els Pujols"

Comarca del Panadés

nidosa burguesa al ver que se codeará con la aristocracia?... Y el bueno, el inocente pueblo, no verá en este hecho como la sanción de aquel espectáculo?

Si el sentimiento de su responsabilidad estuviera más desarrollado en nuestras clases directoras de éste y de muchos otros actos se obtendrían sin necesidad que á ello les invitáramos quienes, guiados de la mejor intención, quizás aparezcamos á sus ojos como antipáticos puritanos, intransigentes doctrinarios de una moral, que si bien les merece todos sus respetos, según dicen conculcan á cada momento con sus acciones.

**B. — IV. ¿Podriase legalmente conceder al Maestro jurisdicción sobre las calles que circundan su escuela para la limpieza moral de las mismas?**

No, rotundamente. Dejemos al Maestro en su escuela que bastante que hacer tiene en ella y no le convirtamos en polizonte dándole unas atribuciones que ni podría ni sabría desempeñar. Otro ha de ser su papel, como diré luego, enfrente de esta *coacción de inmoralidad* que el niño, como todo ciudadano, padece desgraciadamente en casi todas las grandes urbes.

**V. ¿En qué forma material (consejos de barrio, jurisdicción única del Maestro ó mancomunada con el padre de familia ó con la autoridad) podría verificarse la intervención del Maestro en la moralización, ó por lo menos, en la neutralización de vía pública?**

Entiendo que antes de neutralizar la calle es preferible que dediquemos nuestros esfuerzos á *inmunizar* á los que han de andar por ella, especialmente á los niños, neutralizando así en estos los efectos producidos por las sugerencias eróticas que en el ambiente de la ciudad necesariamente recibirán. Es to lo conseguiremas dándoles en tiempo oportuno una «*educación sexual*»; este capítulo secreto de la enseñanza, como le llama el Dr. Toulouse «que trata del misterio de la vida, de las funciones que las transmiten, de las emociones que provoca, de las costumbres que engendra y de los peligros á que expone. Este capítulo del que los padres no hablan nunca á sus hijos, como si la ignorancia de estos pudiera prolongarse indefinidamente y no llegara un día en querrán saber lo que se les oculta y en que todos nuestros esfuerzos para ahogar su curiosidad no producirán otro resultado que excitarla más.»

A este propósito dice una ilustre escritora, Marcela Tinayre: «en el colegio el misterio del amor excitaba la curiosidad de las muchachas; lecturas tempranas, frases oídas, negligencias de los padres habían enseñado á más de una en este periodo de inquietud inevitable y constante por las cosas del amor. Al recordarlo recuerdo también la repugnancia que me produjeron ciertas confidencias y me pregunto si la delicada y prudente revelación de la realidad no sería mejor que la hipocresía obligatoria.» Y si esto ocurre tratándose de muchachas—dice Félix Thomas—que no acontecerá entre los jóvenes, dadas las fuentes de información que están á su alcance! Y digo yo

con él: aunque fiscalizáramos la calle, arrojando de ella á periódicos y anuncios inmorales y prohibiéramos á las meretrices su exhibición, habíamos de conseguir que la excitación de los sentidos desapareciera? Si es cien veces más poderosa la que ejercen el paso de una pareja amorosa ó el coquetismo de tantas mujeres decentes que ni por lo provocativo de su traje, ni por desenvoltura tomaría nadie por tales!

Al llegar á la crisis de la adolescencia se impone la educación sexual, que con tal se ponga en ella el tacto y la prudencia que requiere. Preferible es anticiparla á que llegue demasiado tarde; pero tal como están constituidas las familias y dados los usos, tradiciones y preocupaciones que en ellas dominan—añade el citado Dr. Thomas— se explica muy bien la inquietud y los escrúpulos que sienten los padres en dar semejante educación. «Dejando esta á la incumbencia del Maestro, su autoridad y la elocuencia de los hechos científicos que había de exponer no podría menos de producir sobre aquellos niños que empiezan á dejar de serlo, una saludable impresión que precisaría sus conocimientos incompletos y les pondría en guardia contra sorpresas nefastas. No nos engañemos; nuestros hijos son hoy más exigentes que lo eran en otro tiempo, cuando la autoridad del padre de familia era indiscutible y profunda la fé; su sentido crítico se ha afinado y no se conforman ya con las secas afirmaciones con que se contentaban ó parecían contentarse en tiempo de nuestros abuelos. Quieren explicaciones y no podemos negárselas sin perjuicio para ellos y para nosotros. No tengamos ya, pues, el miedo ridículo á la verdad y no temamos llamar en nuestra ayuda á la ciencia, la cual como [se ha dicho, «anestesia cuanto toca.»

La opinión de otros muchos pedagogos podría citar en apoyo de que la educación sexual es el mejor medio para inmunizar al niño del contagio de la inmoralidad pública. Esto no significa que debamos descuidar en absoluto el saneamiento del medio ambiente, pero esto no debe ser de la incumbencia del Maestro, sino de las Autoridades, que si en vez de dedicar su atención á mezquinas cuestiones políticas se preocuparan de hacer cumplir las leyes y reglamentos de nuestra legislación vigente, ello bastara á corregir los abusos que en nombre de la libertad se cometen «en esta propaganda de todos los vicios industrializados» como muy acertadamente expone la Redacción de CATALUÑA en el preámbulo á las preguntas de su cuestionario.

D. COROMINAS PRATS

Barcelona, Septiembre 1911

Sobre la cuestión del Cinematógrafo y la de la moral de la calle, solicita esta Revista varias opiniones.

Concretamente vamos á dar la nuestra. El Cinematógrafo no es perjudicial al niño: es perjudicial, sí, el Cinematógrafo que se fomenta aquí en España y principalmente el que yo he visto extendido y aplaudido en Barcelona. Pero es perjudicial, de la misma manera que lo es el teatro, que lo es la novela, que lo es el periódico. ¿Quién puede exigirle al Cinematógrafo, á donde generalmente acuden gentes de poca cultura, que tenga una fuerza moral que no tienen ni el drama ni el libro? El Cinematógrafo es una taquilla, ante todo, como es una empre-

sa el teatro, como es una casa editorial el libro, y las alas no se las pusieron á Mercurio en la cabeza sino en los mismos pies.

¿Hemos de alejar de este espectáculo á los niños? ¿Y á dónde vamos á llevarlos? Al teatro, no: los teatros de hombres son peores que el Cinematógrafo; los teatros de niños mueren tan pronto como nacen. No hay en Barcelona jardines para los niños; no hay museos para los niños; no hay nada para los niños. Todo es para los hombres, y lo que es de los hombres—¡con dolor sea dicho!— no puede servir de ejemplo á los niños.

¿Por qué otro espectáculo podría ser substituido con ventaja el Cinematógrafo? Por el mismo Cinematógrafo; como el libro debe ser substituido por el mismo libro; como el teatro debe ser substituido por el mismo teatro. Somos cobardes los españoles y no tenemos valor para combatir el mal: tenemos, talento para saber dónde está, para descubrirlo, para analizarlo luego, pero lo dejamos estar firme para que los pobres de espíritu se envilezcan en él. ¿No hemos dicho que el Cinematógrafo, como el teatro, como el libro, es cuestión de dinero, es cuestión de taquilla? Pues á ocupar esta taquilla los que piensan que el Cinematógrafo no debe ser como es: el Cinematógrafo hace lo que hace hoy, porque hay un público que lo pide, que lo exige, que lo aplaude, que lo paga. Que haya un público que pida lo contrario, y sobre todo, que pague lo contrario, y las películas podrán convertirse en estas proyecciones utilísimas que ilustran las conferencias, las lecciones de viajes, las disertaciones científicas. El niño ve lo malo, porque son los malos los únicos que imponen su voluntad y los únicos que sacrifican su bolsillo; porque los buenos se limitan á censurar, labor negativa, ó á emplear sus recursos económicos en empresas, si no nocivas, inútiles, que es aún labor más negativa.

¿No queda ya con esto limitado también nuestro concepto sobre la moral de la calle? En el Congreso de moralidad celebrado últimamente en Londres, y al que han asistido autores, editores, periodistas, mujeres y clérigos, luego de fijar claramente la significación de la palabra obsceno, luego de resolver en contra la proposición de uno de los congresistas que pedía se solicitara del gobierno la vigorización de la ley existente en la actualidad contra las publicaciones obscenas, ley que se ejerce regularmente en los casos extremos, es decir, cuando se trata de carteles y libros indecorosos que circulan en venta subrepticia; luego de descontar la aplicación de la ley por el peligro de encontrar con intérpretes incultos, se convino por todos en que la acción privada, la acción individual, había de ser la única que podría poner diques á la moralidad.

La acción feminista en Alemania, encaminada á restar contingentes á la trata de blancas; la acción de los Barnardo, de esos moralistas ingleses, que detienen al joven cuando andaba por sendas torcidas y lo llevaban á la Universidad popular del barrio pobre, son dos ejemplos vivos, latentes, no sólo de lo que puede hacerse, sino de lo que debe hacerse, de lo que necesariamente han de hacer las damas y los estudiantes de Barcelona, si quieren que la ciudad sea un honor de los catalanes, sea un orgullo de los españoles.

Nosotros hemos escrito cien veces, que la virtud no está en no hacer el mal, sino, en medio del mal hacer el bien, en exten-

ENFERMEDADES de la PIEL y CABELLO

SIFILOGRAFIA

Dr. Umbert - Calle Canuda, 26

der, con el ejemplo, con la palabra, con la obra, el bien, el radio del bien, para que todos, aun los más pervertidos, sientan en su conciencia, la necesidad de reformarse, la urgencia de andar por otros caminos.

MARCELINO DOMINGO

### El Cinematógrafo y el ejercicio libre de propaganda de vicios industrializados

*Cinematógrafo.*—Entiendo, por lo visto, que la mayoría de películas cinematográficas perturban la conciencia moral del público, por cuanto nos reproducen ficciones sin sentido común, sin arte, sin enseñanza, fatigando la inteligencia, el corazón y el sistema nervioso, al par que envenenan el alma de la infancia, por sus escenas sensuales, criminales y sugestivas, al punto de no faltar niños precoces que tratan de imitarlas.

El Cinematógrafo debiera únicamente reproducirnos cuanto nos ofrece la Naturaleza en todas sus infinitas demostraciones, cuya gamma es inagotable.

El Cine fué creado para reproducirnos lo bello, lo útil, lo agradable, lo instructivo, lo transferible á futuras edades. Jamás para ayudarnos á pasar un tiempo inútil, sin belleza, sin arte, sin instrucción, de un modo repugnante y fatídico.

Al Cine no deben llevarse los niños bajo ningún concepto, á excepción de cuando las películas reúnan las condiciones apuntadas.

De ahí que las películas del Cine debieran sufrir un control antes de ser expuestas al público, al objeto de rechazar todas las que atentaran contra la moral pública.

El Cine no morirá, por cuanto tiene un campo de acción ilimitado. Está aún en mantillas. Todavía no nos ha apuntado siquiera los episodios sub-marinos, ni los de índole microbiológica, etc.

*Del ejercicio libre de propaganda de vicios industrializados*—Es este un punto de moral pública, difícilísimo para todos. Entiendo yo que todos los gobiernos debieran, con mano fuerte, privar absolutamente toda coacción inmoralizadora, de la misma manera que no permite las coacciones de orden civil, jurídico, económico, político, etcétera.

La provocación en público, de la mujer pública, es un atentado á la moral, imperdonable. Y si lo es para el hombre, con mil motivos lo será más para la infancia. La provocación inmoral en los niños, es un crimen de lesa Patria, por cuanto de un ciudadano que quizás robusto hubiera prestado grandes servicios á la Patria, débil sólo le servirá de carga pesadísima, y, triste del día que llegue al grado de la criminalidad á que conduce esa debilidad obtenida en los momentos del crecimiento!

Finalmente, cuanto á neutralización de la vía pública por donde el niño ha de pasar, para ir á la escuela, para no ser víctima de inmorales coacciones, ó de enseñanzas inmorales, ¿qué duda cabe que esas vías debieran ser sagradas para la niñez que las atraviesa al ir al santuario del saber? El pobre maestro no creo tenga valiosos resortes para evitar esos riesgos, ni es ese su deber. El que está plenamente obligado es el Municipio. El Municipio es el que, velando por la salud material de sus administrados, viene obligadísimo á velar también por la salud moral de los mismos y

en especial por la salud de los indefensos niños.

Los padres, todos, sin excepción, debieran acudir ante el Jefe del Municipio, ante su alcalde, conminándole á que la vía por donde la inválida niñez acude al sitio de su aprender, libre esté de asechanzas inmorales, las que, matando su cuerpo, matan su inteligencia, y así, cuerpo é inteligencia muertos, darán por resultado una infancia, que, lejos de ser útil al hombre, será á éste perjudicial.

Las escuelas públicas debieran estar en puntos alejados de toda posible inmoralidad, para que los niños, que hacia esos templos del saber se encaminan, no se vieran inmoralizados antes de entrar en ellos.

En España, hasta hoy, nadie se ha preocupado de ello. Por esto toca ya los perniciosos resultados de tanta dejadez, inconcebible.

MERCEDES TAPÍS DE FUREST

**A.**—Es evidente que el cinematógrafo tal y como se ofrece como espectáculo para todos, sin selección de películas, es perturbador, casi siempre antiestético y muchas veces inmoral.

No obstante, yo opino que puede tener valor educativo y emplearse como recreo en las escuelas, si se eligen las cintas ó se crea un cine con esta denominación: Cine para niños.

Modificando de esta manera el cine, lo creo aceptable; tal y como existe opino que debe alejarse á los niños de este espectáculo.

Creo muy conveniente enseñar á los niños á divertirse y no me parecería mal sustituir el cine con las tertulias ó *soirées* de niños, tal como se practica en Inglaterra y Alemania.

Los niños son recibidos por condiscípulos de las clases más adelantadas, ó por antiguos alumnos de las escuelas en un local amplio, espacioso, alegre, bien ventilado y si el tiempo lo permite en un patio ó jardín, al aire libre.

Una música sirve de introducción á la fiesta infantil y luego comienzan los juegos realizados por grupos y con entera libertad. Unos dibujan, otros edifican, en un grupo oyen contar ó leer una historieta interesante, en otro se entregan á juegos bulliciosos, cada uno elige lo que más le recrea.

Á poco de encontrarse juntos los pequeños contertulios, se observa brillantez en sus ojos, color en sus labios y mejillas y alegría en sus rostros. La expansión y la confianza reinan por doquier.

Unos comités especiales dirigen y aportan los ingresos necesarios para estos pequeños gastos. Los amigos de la infancia, que abundan bastante, adicionan como grata sorpresa, en ocasiones dadas, una función dramática, un juego de prestidigitación, una linterna mágica, una merienda, un te, unos dulces, etc.

Esta obra educativa y meritoria llevaría como un rayo de sol á la vida sombría de los niños pobres.

**B.**—Considero de urgente necesidad poner algún dique á la inmoralidad de la calle. La defensa moral del país se impone por medios más bien educativos que represivos.

No está en las cárceles el remedio del mal que lamentamos, sino en la previsión, buscando la manera de sustraer á los niños del contagio.

Las Juntas de Protección á la Infancia,

legalmente establecidas en todas las capitales, pueden hacer mucho en este sentido si cumplen fielmente lo que les prescriben los reglamentos vigentes.

Para la mayor intensidad de la acción moralizadora podían organizarse Comités de patronato que actuaran en un radio relativamente pequeño y estuvieran formados por los maestros del distrito, algunos padres de familia y el Juez municipal.

Por medios suaves unas veces y coercitivos otras, (interviniendo el Juez) podría imponerse el respeto al niño apartando de su vista y oído cuanto pueda corromperle.

MARÍA CARBONELL SÁNCHEZ

Valencia, 13 de Noviembre de 1911.

Nuestra burguesía, nuestra clase media, no sé si es lo suficiente elevada para dar una campaña contra la literatura inmoral y la pornografía. Decía un gran apóstol moderno que para sacar á uno del lodo, primero hay que empezar por estar en tierra firme. Y nuestra gente está saturada de pornografía: se refocila hablando de ella, hasta en lugares que deberían ser *neutrales*. Yo he formado parte, en Barcelona, de varias juntas y comisiones oficiales, con señores mil veces más serios y respetables que yo mismo, y en todas ellas me ha perseguido el eterno estribillo. Se subrayan las palabras más insignificantes; con cualquier pretexto se deriva la conversación hacia las licenciosas carcajadas y las alusiones picarescas. Una campaña semi-oficial con estos señores, en nombre de la moralidad, no creo que dé otro resultado que obligarles á mayor compostura...

Afortunadamente esta acción entre nosotros no ha sido todavía empezada. Se puede emprender con pureza sin ningún mal precedente. Pónganse Vdes. en relación con la gente que trabaja desde hace años en lo mismo en que ustedes quieren trabajar. En Burdeos hay la delegación francesa del «Comité contre la littérature immorale». No expresa este título todo el bien que aquella gente hace. En Ginebra se publica un «Bulletin abolitionniste». Tampoco el título da idea de lo que es. Hay una información mensual de lo que se hace por todo el mundo silenciosamente. Yo me enteré de la existencia de este «Bulletin» en Madrid. Hay gente allá, que lo reciben hace años aunque no les haya producido grandes efectos. En cambio en Barcelona, sin haber llegado nunca, han llegado los efectos, moviendo á las almas sinceras y empujándolas á hacer algo. Que Dios les ayude; ¡no les puedo decir nada más! y que en esto no sean ustedes periodistas, sino hombres de corazón.

JOSÉ PIJOÁN

Roma, 23 de Noviembre de 1911.

(Extracto de una carta particular.)

1.—Estimamos la cuestión de la Moral en el Cinematógrafo, como un problema análogo al que se ha presentado en la Moral del Teatro.

Considerando de difícil sustitución aquél espectáculo, á causa de su extraordinaria baratura, opinamos que, á donde deben dirigirse todos los esfuerzos de los moralistas, es á lograr que no se exhiba ninguna película sin previa sujeción á un control especial, rígido y severo, que no permita la exhibición de escena alguna inmoral, ni otra cualquiera que por la índole de su argu-

mento, pudiera ser deprimente para el ánimo del espectador; control al que deberían sujetarse con máximo rigor las atracciones que suelen acompañar á las proyecciones cinematográficas, la inmensa mayoría de las cuales resultan obscenas ó estúpidas y chabacanas.

II.—Los niños deben ser apartados del Cinematógrafo, aún ofreciendo este las condiciones apetecidas, ya que, tanto para la formación de su cuerpo, como la de su espíritu, requieren otros pasatiempos, al aire libre ó en el seno del hogar; á más de que no necesita el niño convertido en espectáculo de un pretexto de reunión lo cual unido á lo económico de su precio ha sido causa principalísima de que arraigase el Cinematógrafo, llegando á ser imprescindible en las poblaciones secundarias.

III.—Para los partidarios á todo trance, de la abolición del Cinematógrafo, les recomendamos el restablecimiento, con todo su esplendor, de las antiguas y tradicionales diversiones populares de nuestras comarcas. Hemos comprobado en distintas poblaciones de La Selva y el Ampurdán, que únicamente han logrado quitar público del Cinematógrafo, los audiciones de sardanas en la plaza pública que atraen la muchedumbre, la cual se divierte y se tonifica con las airoas armonías y los rítmicos movimientos de nuestra danza nacional.

IV.—Debería revestirse al maestro de autoridad pública, con poder coactivo, para exigir el cumplimiento de los artículos del Código Penal que castigan las ofensas á la Moral, expurgando las calles afluentes á su escuela de toda clase de excitantes inmorales.

V.—Pero no aceptamos la jurisdicción única del maestro, porque si el escándalo público está ya penado por las leyes, bastaría con que los agentes de la autoridad cumplieran su obligación, sin necesidad de esa jurisdicción que se quiere otorgar al maestro; pero sucede, las más de las veces, que los agentes de la autoridad, que deberían velar por la limpieza moral de las calles, son hombres corrompidos que se desentienden de sus deberes. Lo mismo podría acontecer con los maestros, ya que, desgraciadamente los hay que son hombres degenerados. Por eso, somos partidarios de la creación de una Junta ó Patronato, de lo cual debería formar parte el párroco ú otra persona eclesiástica, que fuese la encargada de exigir el maestro el exacto cumplimiento de su misión, desempeñando, por consiguiente, éste, una función ejecutiva, en virtud de la autoridad de que se le hubiera investido.

J. BOSACOMA Y POU

Gerona, octubre 1911.

### I.—La Moral Pública

Señal de los tiempos... Una revista de Barcelona—CATALUÑA, revista semanal—que, en todos sus números y en sección fija, viene tratando «La cuestión de la moral pública», ha abierto ahora una información sobre dos puntos de ética social muy discutibles y que interesa mucho ver discutidos: el primero, se refiere al Cinematógrafo, y el otro, á la moralidad en la calle.

Sí; es una señal de los tiempos. El siglo XIX murió impenitente en su positivismo, su historicismo, su naturalismo, su realismo. Pero nuestro siglo XX inicia una reacción en favor de la filosofía, en favor de lo racional contra lo histórico, en favor de lo cultural contra lo natural y de lo ideal contra lo real. Si al siglo pasado le interesaba lo que es, el presente vuelve á preocuparse por lo que debe ser. Para aquél, los problemas sociales y políticos eran fundamentalmente problemas económicos; para el siglo XX, son, en su esencia, problemas morales.

Un aspecto de esto es la atención que se consagra á todas esas delicadas cuestiones de la vida sexual. No sólo temas que pueden desenvolverse sin reparo, como el de la moralidad en los *cines* y el de la moralidad de calles y callejuelas, sino otros harto más escabrosos suscitan hoy la publicación de centenares de volúmenes y de millares de artículos. Solamente los libros consagrados, no sé si con acierto, pero sí con la mejor intención, á explicar «lo que debe saber el niño» acerca de tan resbaladizos asuntos, formarían una verdadera biblioteca. Al silencio, un tanto convencional, de otros tiempos, ha sucedido el ámplio estudio científico con todo lo que la ciencia tiene de desnudez y de libertad, pero también de casta y noble austeridad.

No puedo yo olvidar, sin embargo, lo que le pasó al Dante cuando, después de haber atravesado sin mancha ni dolor los sucesivos círculos del Purgatorio, llegó al séptimo y último, donde se castiga el pecado de la carne. De allí no puede pasar sin quemarse en un río de fuego. El poeta, que ha ido viendo de cerca todos los vicios, sin sufrir sus males, no consigue bordear incólume el río del círculo de la lujuria y ha de abrasarse, pobre mortal, en sus olas ardientes.

Pero, en fin, repitamos con San Pablo, que todo es puro para los puros.

Por lo que se refiere al Cinematógrafo, no veo que lleve en sí ninguna inmoralidad esencial é inevitable, aunque la revista á que antes me he referido recuerde que se le acusa de perturbar y disolver lentamente la conciencia moral del público, de excitar morbosamente el sistema nervioso de los

asíduos espectadores, de envenar el alma de los niños, infiltrándoles con alarmante persistencia sugerencias de índole sexual y criminal.

Cada cosa nueva, cada descubrimiento que haya permitido mayor intensidad en las emociones y más refinamiento en las costumbres, ha provocado al principio una reacción de protesta por parte de los moralistas tradicionales. Al otro lado del estrecho de Gibraltar, ulemas, jerifes, morabitos y demás doctores de la ética mogrebite, condenan por inmorales el automóvil ó el telégrafo.

A propósito de ese problema del Cinematógrafo, hay escritor que ha defendido la tesis de que es esencialmente inmoral y no puede dejar de serlo. Lo mismo se dijo, en otras épocas del teatro. En España se trató de prohibir en absoluto los espectáculos teatrales, como se quiso prohibirlos en Inglaterra, cuando la reacción puritana, si no recuerdo mal. Si ese moralismo antiestético que, en oposición á la idealidad helénica, para la que belleza y virtud se confundían, y que trata de hermanar la virtud con la fealdad, hubiese triunfado en España y en Inglaterra, Calderón no podría ser representado en su patria ni Shakespeare en la suya.

Y ya que hablo del teatro, diré que, á mi juicio, lo que está desviando un tan admirable invento como el Cinematógrafo, es que va substituyendo la reproducción de las cosas vivas por la de las farsas teatrales. Escenas de la vida real en países remotos, actos importantes y que muy poca gente ha podido presenciar, movimientos sociales sorprendidos por la fotografía en sus fases de mayor interés, hombres célebres, cuadros de viaje, costumbres; todo eso va quedando relegado á segundo término, cediendo el sitio á unas cuantas mascaradas folletinescas, dispuestas y combinadas previamente para su presentación en el Cinematógrafo.

La tramoya ha suplantado á la vida. El «cine», como decimos por aquí, ó el «cinema»; que dicen más allá de los Pirineos, no ofrece á los espectadores fragmentos interesantes de la realidad, que no lograrían fácilmente conocer, sino que les divierte plebeyamente con dramones ó payasadas, que podrían ver mejor en cualquier escenario.

Y cuando las generaciones venideras recojan como reliquias arqueológicas las películas de nuestros días buscando en ellas evocaciones históricas, no encontrarán los ademanes de los grandes hombres, ni los grandes hechos, sino las aventuras, venturas y desventuras del inagotable *Tontolín*.

Es una manifestación más de un mal general que podríamos llamar el «histrionismo». Interesan más las tablas y las bambalinas que el mundo verdadero. La misma vida real atrae por lo que tiene de comedia:

<b>MOSAICOS</b>				<b>E F ESCOFET &amp; C</b>			
Ronda San				Pedre 8.			
Barcelona							
Mármoles		Piedras		Maderas		Construcción	
						Decoración	

Joaquín Montaner

**Sonetos**  
**y Canciones**

■■■

Un tomo de 64 págs.—Dos Ptas.  
 J. Horta, Impresor.—Barcelona, 1911

la política entretiene y apasiona por lo que representa de histrionismo...

Pero no moralicemos. Pongamos punto, y quédese para otro número el tema de la moral en la calle. No sea que con esos discursos de *sensor morum* incurramos en el mismo defecto que combatimos. En Ética, como en todo, «la vida enseña», y no los sermones.

## II.—La moralidad de la calle

«En nuestras calles se ejerce la libre propaganda de todos los vicios industrializados»...

No te asustes, discreto lector, que no es un sermón lo que te empiezo á transcribir. Déjame continuar... Pero, antes, permite que te cuente un sucedido.

Un buen señor alemán, pastor protestante, que ejerció cargo en la embajada de su país de esta corte, salía una tarde de paseo con su hijo. Le iba haciendo al muchacho graves reflexiones sobre la conducta que en determinado asunto debía seguir. El muchacho, que no pasaría aún de los diez años, iba como distraído, hasta que, de pronto, levantó la cabeza y dijo vivamente:—Pero ¿esto es verdad padre? yo creía que predicabas.

Conste que no predico, lector benévolo, y fíjate sólo en si lo que voy á decirte es ó no es verdad. Sigo copiando:

«Desde la mujer pública, que libremente pasea á todas horas, hasta el anuncio de obscenidades escénicas, libremente expuesto en todas partes, pasando por una inabarcable gradación de sugerencias, el ciudadano padece una verdadera *coacción de inmoralidad*. Si esta supremacía de excitaciones viciosas, proporcionadas siempre con fines lucrativos, es perjudicial para el adulto, es fatalísima para el niño, forzado á atravesar los dominios del vicio para acudir á la escuela.»

Así plantea el problema de la inmoralidad en la calle, la revista española á que me referí en otro artículo dedicado al Cinematógrafo. Ha abierto, como dije, una interesante información sobre estos temas, recibiendo contestaciones de personas que militan en bandos muy opuestos, y entre ellas,—otra señal de los tiempos—de algunas señoras.

Pero, como moralizar la calle? Como *neutralizarla*, por lo menos, desde el punto de vista del decoro público?

«Si nos fundamos en el hecho de que la inmoralidad de la calle corrompe á los niños y deshace ó perturba la sacratísima labor educativa del maestro, ¿podríase legalmente conceder [á esto] jurisdicción sobre las calles que circundan su escuela para la limpieza moral de las mismas?»

Por mi parte, dudo mucho que encontremos, hoy por hoy, una forma eficaz de realizar este pensamiento. Ni la jurisdicción única del maestro ó mancomunada ni otras instituciones análogas, confo en que servirían para gran cosa en la práctica. Un poco más confo en los mismos niños, cuya candorosa indefensión les defiende mejor de lo que parece, contra tantas cosas equívocas como se reflejan en sus ojos claros y limpios.

Es, sin embargo, muy digna de ser subrayada esa nueva orientación. Hasta hoy, cuando se hablaba de perseguir la inmoralidad callejera, se pensaba en el policía: ahora se piensa en el maestro. La sustitución responde á un cambio en todo el sistema de las ideas. Al Estado-policía—*l'Etat-gendarme*—ha sucedido, en el espíritu mo-

derno, el Estado-maestro. Parecía antes que la función esencial del Estado consistía en asegurar jurídicamente el orden público: hoy parece más bien que su misión primera es la educación.

Y la propuesta de esa nueva jurisdicción, de ese *Fuero de paz* concedido al maestro, tiene otro aspecto igualmente interesante. Se tiende á que la acción del maestro salga fuera de la escuela. Tendencia general contemporánea que se manifiesta en multitud de obras é instituciones extraescolares.

Ya lo decía Pezталozzi: La cuchilla que separa la cabeza del tronco en el ajusticiado, no es tan cruel como esa separación entre la escuela y la vida. Resulta todavía en nuestro tiempos. La vida libre social es poco educadora: la escuela es poco social, poco libre, poco viva.

La escuela y la calle son dos mundos separados, antagónicos, defectuosos ambos. ¿Que pensará el niño? En la calle, la más triste inmoralidad; en la escuela, una moral sin aire de la calle; una moral de moralejas convencional, seca, también triste. Hablo en términos generales y con todas las salvedades que son de rigor. Si la acción de la escuela se desborda hasta la calle, ganará la calle, pero no ganará menos la escuela. Ya no basta que los maestros digan con el Maestro: «Dejad que los niños vengan á mí.» Nuestro siglo sale en busca de los niños.

Si cada uno de nosotros se pregunta lealmente: ¿Que debo á la escuela, desde la de párvulos hasta el Doctorado? ¿Que debo á la calle, á la vida libre, desde las faldas de mi madre hasta lo que ahora leo, oigo y veo en los periódicos, en el café ó en el teatro? Creo que casi todos responderemos que las ideas más vivas, las preocupaciones más intensas, los sentimientos más consolidados en el carácter, no provienen de la escuela sino de la calle.

Si yo pudiera tener en mi mano derecha la dirección espiritual de todas las escuelas de España, y en mi mano izquierda la de todos los teatros y periódicos, mi primera mirada sería para la mano izquierda. ¿Por qué, pues, no atendemos á la calle, considerándola como un factor esencialísimo en el problema de la educación nacional?

Quizás la escuela del porvenir sea sólo una especie de laboratorio donde los muchachos adquieran los instrumentos del trabajo intelectual y aprendan á trabajar. Pero el trabajo propiamente dicho, la adquisición de la cultura, eso se hará en la calle.

¿Como habrá de ser la calle entonces? Pensad en teatros al aire libre, periódicos repartidos á todo el mundo, museos, jardines, campos de juego, organizaciones sociales, monumentos, actividad pública... Pensad en ciudades de las que sólo fuese un torpe atisbo aquella Atenas «baluarte de la Hélada, muro divino coronado de violetas», en cuyas columnatas de marmol los hombres hicieron de su propia vida una maravillosa obra de arte.

LUIS ZULUETA

De «Nuevo Mundo», Madrid.

A.—I. Dada la situación actual del cinema que no realiza misión estética ni moral y es sugestión malsana permanente, precisa fomentar la abstención. Un control de autoridad en cualquier forma que se propusiere, no sería eficaz para imponer á la *industria de la diversión* el ideal elevado que debería regenerarlo; pero es necesaria la intervención vigilante de aquélla para imponer un

mínimum de moralidad, que impidiere todo ultraje á la honestidad y á las instituciones esenciales de la recta vida humana. La no utilización de los cinemas perjudiciales, propagada en forma pública de censura social ejercida por una de tantas Ligas moralizadoras, sería el mejor medio de una regeneración progresiva hasta conseguir el ideal.

II. Á los niños les debe ser en absoluto prohibida la asistencia á los espectáculos de los actuales cinemas: son para ellos escuela de viciamiento que llena de todas las sugerencias del mal su alma virgen, perturbando su formación espiritual. En cambio debe fomentarse su uso como enseñanza plástica y deleitable de las cosas.

III. El cinema difícilmente se podrá substituir en la actualidad. Conviene más su utilización como fomento de cultura transformándolo en medio de vulgarización artística y científica é ilustración gráfica de la vida y de la naturaleza, orientado siempre con misión espiritual. Pero debe laborarse intensamente para que no sea el único solaz de las muchedumbres, devolviéndolas por medio de una mayor cultura de espíritu, á las fruiciones intensas de la naturaleza, del arte y la religión.

B.—IV. La coacción de inmoralidad ejercida en la vía pública por toda clase de incentivos de obscenidad, tiene que desaparecer por la acción mancomunada de la autoridad, el maestro y los padres de familia. La exposición permanente que de la prostitución y la pornografía se hace en las calles, debe ser implacablemente perseguida como defensa de la ciudadanía por la acción legal de la autoridad, estimulada y cooperada por las instituciones que realizan fines sociales.

V. Es ciertamente la más justa la orientación de fortalecer la personalidad del maestro y darle jurisdicción efectiva para sanear las calles que rodean la escuela con el fin de libertar á los niños, de la corrupción de la vía pública, que anula ó perturba la acción educativa. La creación de consejos de barrio, compuestos de elementos de intervención espiritual, podría ser la mejor forma para cooperar á la acción de la autoridad y del maestro en la tarea de moralizar la calle.

LUIS CARRERAS, PERO

De la revista «El Mensajero del S. Cor de Jesús» (artículo «La Crisis moral y el espiritalismo cristiano»)

## Conclusiones (\*)

B.—IV. Puede concederse al maestro la propuesta jurisdicción en sentido de *peritaje ó referendum*, salva siempre la jerarquía social y el respeto debido á los derechos de los padres de familia y de la autoridad pública, eclesiástica y civil.—V. Cualquiera intervención sería insuficiente, á no partir de un acuerdo firme sobre el criterio de la moralidad y sobre la balanza de la responsabilidad, garantidos, además, por sanciones eficaces, no sólo en el foro externo, sino también en el foro interno. Admitido este supuesto, es necesario mancomunar con la intervención del maestro la iniciativa privada y pública; de las autoridades competentes y ciudadanos honrados, y especialmente de las personas más discretas, celosas é interesadas en la prevención y represión de la inmoralidad callejera: padres de familia,

(\*) El artículo que razona estas conclusiones se publicará en otro número.—La contestación á la cuestión II. se publicó en el número 218.